

**CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE MÉRIDA-BADAJOS
CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LA V JORNADA
*MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES***





Queridos abuelos y mayores, ¡el Señor os dé la paz!

Me dirijo a vosotros en la fiesta de san Joaquín y santa Ana, abuelos de Jesús, y con la mirada puesta en mañana, 27 de julio, día en que celebraremos la *V Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores*¹. Esta Jornada quiere recordarnos a todos la dignidad de las personas mayores y recordarnos también su papel fundamental en la familia y en la sociedad. Este año tiene como tema: **“¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!”**.

En esta ocasión quiero hacer llegar a todos los abuelos y mayores de nuestra Archidiócesis mi saludo fraterno y agradecido de pastor por lo mucho que vosotros suponéis para la sociedad y para la misma Iglesia, también para esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz. Por otra parte, a todos los miembros de esta Iglesia particular quisiera, también, haceros llegar algunas breves reflexiones sobre algo que me preocupa y nos debería preocupar a todos: la “amarga soledad”, como compañera de vida, que sufren muchas personas mayores o enfermas.

A los abuelos y mayores víctimas de la cultura del descarte

En esta ocasión quiero recordar en primer lugar a cuantos, además de la debilidad física y de la enfermedad, propias de la edad que están viviendo muchos de nuestros abuelos y mayores, sienten en su propia carne el “cáncer” de la soledad, del descarte y de la exclusión.

A todos los que estáis viviendo situaciones difíciles por vuestra edad o por vuestro estado de salud, en esta Jornada de los Abuelos y de los Mayores, en nombre de toda la Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, deseo manifestaros nuestra cercanía y, al mismo tiempo, reafirmar la convicción de que, lejos de “objetos” de descarte, seguís siendo muy importantes para la sociedad y para la Iglesia. Y, sobre todo, quiero recordaros, queridos hermanos, abuelos y mayores, que Dios nunca abandona a sus hijos, ni siquiera “cuando la edad avanzada y las fuerzas flaquean y la vida se vuelve menos productiva [y] corre el peligro de parecerse inútil”².

La *cultura del descarte* o *cultura de la exclusión*³ obedece a una mentalidad que permea la sociedad actual y que lleva a valorar a las personas por su utilidad y capacidad

¹ Esta Jornada fue instituida en 2021 y se celebra el cuarto domingo de julio, cerca de la memoria litúrgica de los santos Joaquín y Ana, abuelos de Jesús.

² Papa Francisco, *Mensaje para la IV Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores*, Vaticano, 2024.

³ El Papa Francisco, quien acuñó esta terminología, ha denunciado en diversas ocasiones esta cultura como una amenaza para la dignidad humana, ya que ignora la riqueza intrínseca de cada individuo

de producción, a priorizar la productividad y el consumo, y a considerar “valor” todo aquello que responda al criterio de producción y consumo. Como consecuencia, la vida humana y el medio ambiente ya no son percibidos como valores primarios que hay que respetar, cuidar y proteger, sino como instrumentos de lucro en favor de la economía y el consumo globalizado.

Todo ello lleva a la exclusión y al abandono de aquellos considerados menos valiosos o útiles para el sistema. En dicha cultura entra todo “aquel o aquello que no esté en capacidad de producir según los términos que el liberalismo económico exagerado ha instaurado” y excluye “desde las cosas y los animales, a los seres humanos e incluso al mismo Dios” (Papa Francisco).

En una sociedad como la nuestra en la que todo lo que no entre en este concepto es “descartable” y tenido como residuos; en una sociedad como la nuestra en la que muy a menudo el fin justifica los medios, es decir, todo lo que garantice ganancia abundante y rápida es válidamente justificable; en una sociedad así, junto a los nacidos, a las personas con capacidades diferentes, a los pobres y marginados, fácilmente vosotros, mis queridos abuelos y mayores, sois los primeros en la lista de lo que se considera “residuos” o simple “material de descarte”.

¡Qué paradoja la nuestra: vivimos en un mundo que se precia de estar globalizado y, sin embargo, cada vez son más los que están solos y sufren las consecuencias de la sociedad del descarte, hasta tal punto que la soledad y el descarte se han vuelto elementos recurrentes en la vida de muchos ancianos. ¡Qué pena! A quienes tanto debemos y que deberían ser los privilegiados en el seno de la familia y de la sociedad, fácilmente los olvidamos y solo los vemos como objetos de descarte.

Queridos abuelos y mayores, en nombre de la Iglesia, os digo: aunque vuestro físico esté débil, sin embargo, nada os puede impedir seguir amando, seguir rezando, seguir entregándoos, seguir siendo señales luminosas de esperanza⁴. “Tenéis una libertad que nadie os puede robar: la de amar y rezar. Todos, siempre, podemos amar y rezar⁵. Mantened alta la esperanza, que puede ser descubierta a cualquier edad. Que nadie os robe la esperanza que nace de saberos amados por Dios y por tantos hombres y mujeres de buena voluntad. Recordad, como nos enseña la Sagrada Escritura, que, a los ojos del Señor, “la ancianidad es tiempo de bendición y de gracia” y que la vejez puede ser “tiempo de bienaventuranza en el que la esperanza probada en el fuego de una larga vida se convierte en fuente de alegría renovada y de confianza en el Señor”⁶. Aprovechad vuestra situación para gustar la providencia del Señor, pues el Señor sigue haciendo maravillas en vosotros y con vosotros, como lo hizo con Abraham, Sara, Zacarías e Isabel, como lo hizo con Moisés, que fue llamado a liberar a su pueblo cuando contaba con ochenta años (cf. *Ex 7, 7*). Y, ante la dura realidad marcada por la soledad y la marginación que vivís muchos de vosotros, recordad siempre las palabras de la

⁴ Cf. Papa Francisco, *Angelus*, 16 de marzo de 2025.

⁵ León XIV, *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores*, Vaticano, 2025.

⁶ *Idem*.

Sagrada Escritura: “Aunque mi padre y mi madre me abandonaran, Dios me recogerá” (Sal 27, 10). Dios nunca nos abandonará.

No a la cultura del descarte y de la exclusión

Contra la *cultura del descarte y de la exclusión*, la Iglesia nos invita a favorecer la *cultura del encuentro*; una cultura que nos lleva a abrir nuestras mentes y nuestros corazones al proceso de recuperar la capacidad de incluir, de dialogar y de construir una sociedad integrada y reconciliada. La Iglesia nos invita a promover la inclusión, creando una sociedad más justa y equilibrada, donde se valore la diversidad y se ofrezcan oportunidades para todos; la Iglesia nos invita a fomentar la solidaridad y la empatía, desarrollando una cultura de acogida y cuidado hacia los más vulnerables; la Iglesia nos invita a valorar la dignidad humana, reconociendo que cada persona tiene un valor intrínseco, independiente de su utilidad o capacidad de producción, y a fortalecer el tejido social, reconstruyendo lazos de comunidad y la participación de todos en la vida social; la iglesia nos invita en esta *Jornada* a mostrar nuestra ternura y cercanía a los abuelos y mayores, pues, muchas veces es lo que necesitan: ternura y cercanía.

La *cultura del encuentro*, que estamos llamados a promover como cristianos o como simples seres humanos, nos pide saber respetar y acoger al otro, no por el beneficio propio, sino por el reconocimiento de su propia dignidad y valor como persona. En este sentido estamos llamados a un cambio de mentalidad (conversión) y a un compromiso social para construir una sociedad más justa y humana, donde nadie sea excluido ni considerado desechable.

Los que realmente creemos en la dignidad de la persona no podemos callarnos ante la *cultura del descarte y de la exclusión*, seríamos cómplices. No podemos resignarnos ante el olvido, y en muchas ocasiones ante la misma muerte, a la que a menudo nuestra cultura somete a nuestros abuelos y mayores. Es necesario combatir esta *cultura de muerte*, combatir la violencia perpetrada en nombre de una ideología o de un sistema económico que margina a quien no se somete a él, por inhumano que sea. Y puesto que la soledad y el descarte no son inevitables ni causales sino que son fruto de decisiones “políticas, económicas, sociales y personales que no reconocen la dignidad infinita de toda persona” (Papa Francisco), los cristianos hemos de prestar nuestra voz a aquellos cuyos “gritos” la sociedad no escucha; hemos de tener la valentía de denunciar toda clase de marginación que afecte a las personas, a Dios y a la naturaleza; hemos de aprender a relacionarnos con los otros de tal modo que, gustando el sabor de la fraternidad y saliendo de la lógica de la rivalidad y de la competencia, entremos en la lógica del respeto, de la tolerancia, de la solidaridad, y de la fraternidad, dando, en todo momento y circunstancia, lo mejor de nosotros para que los derechos de los demás y también de la creación sean respetados.

Sabiendo que la soledad es, lamentablemente, la amarga compañera en la vida de tantos mayores que son víctimas de la cultura del descarte, ¡no podemos olvidarlos! Una vez más vuelvo a decir: ¡no podemos ser cómplices en todo lo que supone la cultura del descarte, y de la soledad que provoca dicha cultura!

Queridos hermanos y hermanas: vivamos este Año Jubilar con nuestros abuelos y mayores en clave de liberación, sobre todo de la soledad y del abandono. Derribemos los muros de la indiferencia hacia ellos. Asumamos la responsabilidad que nos vincula a nuestros abuelos y mayores. Cada uno de nosotros estamos llamados a ser protagonistas “de la revolución” de la gratitud y del cuidado a los ancianos, creando para ellos y con ellos redes de apoyo y de oración, entretejiendo relaciones que puedan dar esperanza y dignidad al que se siente olvidado.

Sí a la cercanía y ternura para con nuestros abuelos y mayores

En esta ocasión deseo reconocer y agradecer el trabajo de tantas personas que se dedican al cuidado de los ancianos, haciendo verdaderos sacrificios para estar al lado de los que no tienen a nadie.

A Dios gracias son muchos los que no se resignan a que las víctimas del olvido, la marginación y el descarte sigan aumentando. ¡Cómo no pensar y agradecer a tantos padres que cuidan amorosamente de sus hijos con capacidades distintas! ¡Cómo no pensar y agradecer a tantos hijos que siguen cuidando de sus mayores aun a costa de tantos sacrificios! ¡Cómo no pensar al personal sanitario que ofrece sus servicios para aliviar el dolor de los que sufren a causa de esas lacras tan extendidas como son la de la soledad y la del dolor causado por una enfermedad incurable! ¡Cómo no pensar y agradecer a tantos voluntarios, hombres y mujeres de buena voluntad, que gratuitamente cuidan de los ancianos y enfermos en Residencias de ancianos y en casas que ofrecen cuidados especializados a enfermos de toda clase!

Mirando a nuestra Archidiócesis no puedo dejar de admirar y agradecer a las religiosas que gastan sus vidas en las Residencias de ancianos y que unen la actividad de Marta con la contemplación de María. Gracias.

Gracias, queridos abuelos y mayores

Queridos abuelos y mayores: gracias por estar ahí, gracias por vuestra oración en favor de la Iglesia y de la humanidad. Recordad, como os decía el Papa Benedicto XVI, que “vuestra oración sostiene la Iglesia”. Aprovechad vuestra situación para descubrir cada día con más fuerza el amor que Dios os tiene.

La Iglesia os ve, queridos abuelos y mayores, como instrumentos privilegiados y queridos por Dios para la transmisión de la fe y de los valores que pueden llenar de sentido la vida de vuestros nietos y de tantos jóvenes que, aun sin confesarlo abiertamente, son verdaderos “mendicantes de sentido”. Muchos de vosotros, aun cuando *vuestro físico esté débil*, seguís siendo “señales luminosas de esperanza”, testigos de esperanza.

Seguid el ejemplo del anciano Jacob que bendice a sus hijos y nietos, los hijos de José, y “los anima a mirar al futuro con esperanza, como en el tiempo de las promesas de Dios (cf. Gn 48, 8-20)”⁷. Sed signos y testigos de esperanza. Sed apóstoles de la familia

⁷ *Idem.*

en la transmisión de valores humanos y cristianos. Sed acueductos que transmiten la fe a vuestros nietos e hijos.

Queridos abuelos y mayores: os necesitamos. La sociedad, y particularmente las familias, os necesitan. Necesitan de vuestro testimonio “en la vivencia de la fe, de las virtudes cívicas y compromiso social, de memoria y perseverancia en las pruebas”⁸. Necesitamos de vuestro legado transmitido con esperanza y amor, y si es verdad que vuestra fragilidad necesita del vigor de los jóvenes, también es verdad que la inexperiencia de los jóvenes necesita de vuestra sabiduría y testimonio. Necesitamos de vuestros sueños, así como de la profecía de los jóvenes (cf. *Hch* 2, 17; *Jl* 2, 28).

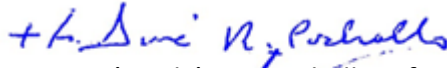
Queridos abuelos y mayores: no nos privéis de vuestro testimonio y de vuestra experiencia. Queridos adultos y jóvenes “sed constantes en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas, aunque choquee, ten indulgencia, no lo abandones mientras vivas” (*Ecl* 3, 2-6. 12-14).

Queridos hermanos y hermanas: caminemos, como quería el papa Francisco, al encuentro del anciano y del que está solo. Trabajemos por un cambio de mentalidad que restituya a los abuelos y mayores estima y afecto. Dios, el Dios de la historia y eternamente joven, se hace anciano con los ancianos, débil con los débiles, enfermo con los enfermos. Dios nos pide que le encontremos encontrándonos con todos ellos.

Que san Joaquín y santa Ana intercedan por todos nuestros abuelos y mayores.

Vuestro hermano y pastor, que os abraza y bendice.

En Badajoz, a 26 de julio de 2025, memoria de san Joaquín y santa Ana, abuelos de Jesús.


✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

⁸ *Idem*.